



BOLETIN DEL CLERO

OBISPADO DE LEON

LITURGIA.

DE LAS EXEQUIAS Y OFICIOS DE CUERPO PRESENTE.

(Continuacion.)

ARTICULO 3.º

De la absolucion sobre el cadáver y ceremonias para su entierramiento.

7. Poco ántes de concluirse el *R.* esto es cuando se canta el *Y. Requiem æternam*... el diácono que estará á la izquierda del celebrante pasa por detrás de este á su derecha con el turiferario y el maestro de ceremonias, haciendo los tres, al pasar, genuflexion al altar, aunque no haya tabernáculo: toma el diácono de mano del turiferario la naveta, y, sin ósculos, presenta la

cucharita al celebrante; el cual pone incienso y lo bendice en la forma acostumbrada, volviendo después de esto el diácono y los otros dos ministros á su primer puesto, haciendo como ántes la debida reverencia al altar.

8. Concluido el *R.* uno de los cantores con el primer coro dice *Kirie eleison*, responde el otro con el segundo coro *Christe eleison*, y luego todos *Kirie eleison*; el celebrante dice en voz alta y en tono ferial, *Pater noster*, continuando los demas en voz baja y lo mismo el clero; toma entretanto el aspersorio, sin ósculo, de mano del diácono, que ha vuelto á colocarse para ello á su derecha haciendo al altar la debida reverencia, permaneciendo los demas en sus puestos, y acompañado de este ministro que

va un poco detras de él, levantando el extremo derecho de la capa, da vuelta al féretro rociándolo por tres veces en cada lado en sitios diferentes, empezando por el lado de su mano derecha (Ceremonial lib. 2. cap. 11, pár. 18), y haciendo inclinacion profunda, y el diácono genuflexion, al pasar por delante de la cruz que tiene el subdiácono.

9. En seguida el diácono recibe sin ósculo el aspersorio de mano del celebrante en el mismo sitio donde se le hubo dado, y lo entrega al acólito: toma luego el incensario del turiferario y se lo entrega al celebrante. lo mismo que lo hizo con el aspersorio, saluda como él al altar y le acompaña, levantando el extremo derecho de la capa, en tanto que incienso el féretro del mismo modo que hizo la aspersion.

10. Lo que se ha dicho en los dos párrafos anteriores deberá entenderse de la manera siguiente. En los casos mas ordinarios y comunes que son, cuando no está presente el cadáver, y cuando estándolo, es de alguna persona seglar, ó de eclesiástico no sacerdote, las aspersiones y lo mismo las incensaciones se empezarán por el lado del evangelio, que es la derecha del celebrante: este al partir hace inclinacion profunda á la cruz que

mira de frente, y el diácono genuflexion, y luego al pasar por delante del altar hace genuflexion si hay tabernáculo; mas si no le hubiere, aquel hace solamente inclinacion profunda y este genuflexion; marcha por la derecha, esto es, hácia el lado del evangelio, y hace la primera aspersion á los pies, la segunda al medio y la tercera á la cabeza del cadáver, ó su representacion, sin pararse; al pasar por delante de la cruz que tiene el subdiácono, hace inclinacion profunda, y el diácono genuflexion, luego en el lado izquierdo ó el de la epístola hace la primera aspersion á la cabeza, la segunda al medio y la tercera á los pies del cadáver, sin detenerse lo mismo que ántes: al llegar á su sitio, recibe el incensario, hace genuflexion, ó inclinacion profunda al altar, como se dijo ántes, y las tres incensaciones á cada lado, de la misma manera que las aspersiones.—Si el difunto fuere sacerdote las aspersiones é incensaciones se harán empezando por el lado de la epístola: al partir el celebrante y el diácono que le acompaña, hacen la debida reverencia al altar en la forma ya indicada, y esta misma hacen al pasar por delante de la cruz que tiene el subdiácono, que en este caso estará frente al altar, entre este y el féretro, y en todo

lo demas hacen lo mismo que antes se ha dicho. De modo que estas aspersiones e incensaciones dando vuelta al féretro deben empezarse en todos los casos por la derecha del celebrante, atendida la posicion que ocupa junto al mismo féretro: este es, por otra parte, el orden que regularmente se guarda en todas las procesiones como se dijo ya al tratar de ellas, en otro lugar; siempre marchan de derecha á izquierda.

11. Concluida la incensacion y habiendo llegado á su puesto el celebrante, entrega el incensario al diacono y este al turiferario; luego hecha genuflexion, ó inclinacion respectivamente, al altar y vuelto de frente á la cruz, estando el diacono á su izquierda como al principio, dice en voz alta, con las manos juntas: *El ne nos inducas in tentationem...* con los demas *¶¶*. y la oracion *Deus cui proprium est...* que leerá por el Ritual, teniéndolo abierto delante de él el diacono, sin añadir *¶*: alguno despues de haber el coro respondido *Amen*.

12. Si entónces se hubiere de dar sepultura al cadáver, se le conduce á ella con los pies hácia adelante por el mismo orden con que se le trajo á la iglesia, poniéndose alli mismo el celebrante su bonete, pero no los demas hasta no haber salido de la iglesia, si estuviere

fuera de ella el lugar de la sepultura. A este mismo tiempo los cantores comienzan la antifona: *In paradisum...* que continuará cantando pausada y gravemente el clero por el camino, repitiéndola, ó cantando algunos salmos de los Penitenciales, ó de los Graduales, ó del oficio de difuntos si el lugar de la sepultura estuviere distante.

13. Habiendo llegado al lugar de la sepultura, se descubren todos, si estuviere cubiertos, y se colocan de la manera que queda dicho en los números 3 y 8 del artículo anterior, dejando espacio para que pasen los que conducen el cadáver, el cual será depositado inmediato á la sepultura con los pies hácia el oriente, ó hácia el altar, si fuere en alguna iglesia ó capilla, y á la inversa si fuere de sacerdote. Dispuesto así todo y concluido el canto de la antifona citada (ó de los salmos en su caso con *Requiem eternam dona ei...*) el celebrante bendice la sepultura, aunque sea en la iglesia ó cementerio; á no ser que hubiere sido bendecida ya antes del oficio, ó en cualquiera otro tiempo lo cual podrá conocerse por los restos de otros que hubieren sido sepultados en el mismo sitio, diciendo sin canto la oracion *Deus cujus miseratione...*, despues de la cual el turiferario da la naveta al diacono, el cual pre-

sentada la cucharilla al celebrante, que pone incienso y lo bendice según costumbre: luego el turiferario, recibida la naveta se retira un poco detrás con el incensario: el ministro del agua bendita da el aspersorio al diácono, y este al celebrante el cual desde su sitio rocía tres veces el cuerpo del difunto y después el sepulcro ó sepultura también tres veces: luego entrega el aspersorio y recibe del mismo diácono el incensario, é inciensa en la misma forma el cuerpo y la sepultura, todo en silencio y sin cantar ni rezar nada. Hecha la incensación indicada y entregado el incensario, el celebrante entona, semidoble, la antifona *Ego sum resurrectio...* y los cantores en seguida empiezan el cántico *Benedictus*, que continúa el clero á dos coros, permaneciendo todos con la cabeza descubierta como ántes.

14. Concluido el cántico, se dice *Requiem æternam dona ei...* y se repite la antifona, que comienzan los cantores y prosigue el coro con ellos. Luego el celebrante dice en voz alta *Kirie eleison*, respondiendo el clero *Christe eleison*, *Kirie eleison*, y el celebrante también en voz alta: *Pater noster*, continuando todos en voz baja. En seguida el celebrante toma el aspersorio y rocía tres veces con agua bendita el cadáver, pero no

lo inciensa y en el mismo tono dice *et ne nos inducas* etc. con los demás versos y la oración. Al decir las palabras *Anima ejus* etc. no hace con la mano signo de cruz ni los cantores dicen el *¶ Requiescat in pace*. Terminadas las preces se pone el cadáver en la sepultura y se le cubre con tierra (1); á este mismo tiempo el clero apaga sus luces, el celebrante dice en voz alta y sin canto la antifona *Si iniquitates*, semidoble, y los cantores en la misma forma entonan el salmo *De profundis...* que continúa el clero á dos coros retirándose á la iglesia ó á la sacristía, en el mismo orden que había llevado. Acabado el salmo con *Requiem æternam dona ei...* y la antifona, todos se retiran en silencio y con modestia.

Se continuará.

(1) Usase en algunas partes que el sacerdote tomando la pala con tierra, eche de esta sobre el cadáver en tres veces en la misma forma que cuando se hace la aspersion. Esta práctica se halla en muchos rituales antiguos, y en los de algunas órdenes religiosas. Nuestro Ritual sin embargo nada dice de esto, y lo hallamos por otra parte censurado en algunos autores, no sin justa razón, pues en el modo como trata de esta parte de las exequias dá bastante á entender que el clero ha debido retirarse y que no debe ya estar presente al poner el cadáver en la sepultura.

VARIEDADES.

¡SANTIAGO Y Á ELLOS!!!

I.

(Continuacion.)

Y el rey apoyó la cabeza sobre una de sus manos como un hombre víctima de una pesadilla. El obispo de Leon tenia muy conocido á D. Ramiro: sabia lo mucho que queria á sus pueblos y lo comprometida que debia ser la accion que cuanto antes iba á librarse, accion de que el rey no podia escapar sin deshonor, y esto no cabia de ningun modo en el varonil pecho del rey. Como éste temia el prelado el resultado de la batalla que D. Ramiro emprendia con muchas menores fuerzas; pero dispuesto á agotar su último recurso antes que consentir en que el desaliento se apoderara del que era cabeza de todo, no bien el monarca dió muestras de haber terminado su relacion, cuando dirigiéndose á él, le dijo con noble fiereza:

—Aunque no sois jóven, D. Ramiro, estrañame que hayais perdido tan presto la

memoria, ¿Os acordais, señor, de cuando el conde Nepociano entró en vuestras tierras que trataba como si fueran de conquista? ¿Habeis acaso olvidado que vuestros propios súbditos vinieron á pedirnos les dejaseis salir contra el conde, en quien veian al enemigo de su familia y de su patria? ¿No recordais que vos mismo os pusisteis al frente de las voluntarias tropas, y que al primer encuentro librasteis á España de ese traidor que amenazaba destruirlo todo?

Pues si todo esto recordais, recordariais asimismo que no se alcanzó el triunfo sin muchos sacrificios, que la sangre fiel se mezcló en el campo con la sangre desleal, y que no obstante cuando despues de la campaña pasasteis por Oviedo, vuestros vasallos tendieron de flores la carrera que recorristeis dentro de aquellos muros y apenas dejaban que vuestro corcel adelantara un paso por entre la inmensa muchedumbre que os rodeaba. ¿Y era acaso el conde Nepociano mas aborrecido que Abderraman lo es? ¿Lo eran mas sus armas que

la chusma infiel descendiente de los vencedores de Guadalete, infieles y descreídos, que alojan sus corceles en nuestros templos, deshonoran á las mujeres mas puras y encadenan á los españoles mas inocentes? De ningun modo, señor; nunca temais que España venga á demandaros cuenta de la sangre derramada contra el moro.

=Mas decidme, venerando obispo, ¿querrá el cielo que nunca asome una aurora de paz para nuestra patria?

=Recordad, D. Ramiro, que Dios no facilitó á su pueblo escogido la entrada en la tierra de promision sino despues de muy rudas pruebas y mas rudos trabajos. Tened asimismo presente que su último paso en el desierto fué señalado con un reñido combate, y que los amalecitas no se rindieron al pueblo de Dios sino despues que Josué esgrimió contra ellos las armas de su ejército. A vos el cielo os ha confiado, D. Ramiro, una empresa muy parecida, y al librar á España del yugo de los infieles, no olvidéis que el viaje á través

del desierto fué precedido por la cautividad en que Faraon puso á los israelitas.

=Opináis, pues, que Dios protegerá esta vez como siempre nuestras armas?

=El sacerdote solo puede atraer sobre ellas las bendiciones del cielo. Moisés desde la cumbre del monte Oreb oraba en favor de los israelitas combatientes, y cada vez que alzaba las manos al cielo sus hijos avanzaban un paso mas en la tierra prometida, lo mismo que cuando el cansancio doblegaba sus brazos hácia la tierra, los amalecitas ganaban el terreno perdido. Pues bien, yo como Moisés desde esta cumbre alzaré hácia Dios las ungidas manos y no las bajaré hácia el suelo hasta tanto que vea vuestros pendones clavados al otro lado del campo africano. Y, volad, D. Ramiro, vuestros soldados se impacientan y el Dios de las victorias siente tardar la hora en que os señaleis con una mas.

Durante este discurso tan propio para enardecer á un guerrero á quien únicamente sus paternales cuidados pu-

dieron distraer por un momento de su empeño, engendrando en su corazón una duda hija de un amor sin límites hacia su pueblo, el rey había recobrado el marcial continente que en la hora del combate le hacia parecer no solo el mas denodado sino el mas bello de sus guerreros. Enderezada su alta talla y radiante su rostro con la varonil espresion que comunmente le caracterizaba, blandió su ancha tizona, y doblando en tierra la ferrada rodilla:—Vuestra bendicion, venerando obispo—dijo.

Dióselo el prelado, recibióla piadosamente el rey, y acto continuo como si el delirio de la guerra se hubiese apoderado de repente de D. Ramiro, descendió rápidamente de la colina, saltó sobre su corcel, y empuñando el pendon de Castilla:

Soldados, dijo á los que tenia inmediatos, llegó la hora. ¡EN NOMBRE DE DIOS! ¡Cier-ra con los africanos!!!

Y á escape tendido, seguido de algunos de los suyos, lanzóse el primero fuera de la línea.

II.

En pos de su rey se lanzó el ejército. El choque fue terrible: por muy prevenidos que los moros se hallasen, á duras penas pudieron contener el primer choque. Rotas las líneas, la caballería goda rompiendo las filas africanas, llegó en su rápida carrera hasta el último confin del campo africano, mas rehechos los soldados de Abderraman pudieron, merced á su número, cortar la retirada al rey y á su valiente séquito.

Esta operacion fue tan rápida que cuando la infantería goda se dispuso á lanzarse en pos de su rey se vio materialmente rota y destrozada por la caballería sarracena que podia maniobrar sin temor á un enemigo que se encontraba separado y sin poderse auxiliar mutuamente con las dos armas. Los gritos de los combatientes, el relincho de los corceles, el choque de las armas, todo en fin producía un estruendo espantoso por entre el cual era imposible dejar oír ninguna voz de mando ni de orden. Batíanse los

godos como leones, mas los sarracenos aprovechándose de la separacion que reinaba entre sus enemigos, sacrificaban á estos sin piedad, aunque no sin pérdida de gente.

D. Ramiro el primero de todos bramaba de coraje y habiendo enristrado la pesada lanza dirigíala en todas direcciones, y ¡ay! del infeliz de sus enemigos á quien alcanzaba con la punta de su terrible arma. Clavar materialmente á su enemigo, levantarle en alto á fuerza de puños y desmontarle tirándole bajo los pies de los caballos, era obra de un momento, y obra que se repelia tantas veces, que su lanza mejor parecia una máquina de muerte siempre pronta á maniobrar contra los moros.

A fuerza de heróicos movimientos y gracias al entrañable amor que los soldados profesaban á su rey, que solo se habia lanzado en mitad de sus enemigos, la caballería goda siguiendo las huellas y el ejemplo de su monarca, pudo reunirse con el resto del ejército, que empezaba á batirse en retirada. Por un mo-

mento pareció cambiar la suerte del combate, pues los godos alentados con la presencia de su rey y obedeciendo sus órdenes de prudente y consumado general, lograron hacer frente de nuevo al enemigo, obligándole hasta retroceder mas allá de sus últimas líneas.

Mas al fin y al cabo los sarracenos cargaron con nuevos bríos, y los godos, cansados de pelear y no rehechos aun del primer desorden, no tuvieron mas remedio que abandonar el campo y huir: una completa derrota gracias á que las sombras de la noche empezaban á envolver á los combatientes. D. Ramiro levantaba los ojos al cielo con dolorosa resignacion: habia perdido mucha gente, pero nada de su valor. Creyó, alentado por su esfuerzo, que huir ante el árabe era lo mismo que forjar nuevamente las cadenas de su patria, y pensando en Pelayo que con un puñado de hombres hizo frente al ejército vencedor en Guadalete, resolvió primero morir que ceder un palmo de terreno de España á los

infiel. Mas como la luna empezaba á clarear los campos y la caballería sarracena podía de un momento á otro caer sobre sus tropas, ordenó el rey que sus gentes se replegasen hácia la montaña de Clavijo, que les ofrecia un asilo seguro, al menos por aquella noche.

Caminaba D. Ramiro la rienda floja sobre el caballo y la cabeza caída sobre el pecho, y empezando á ascender el escarpado monte, á cuya falda se estendieron los caballos; pensó involuntariamente en Covadonga. De este monte salió la libertad de España, y ahora los españoles fugitivos de los sarracenos se acogian á un monte. Mas, ¿qué decimos? ¿Acaso Covadonga no fué la ciudadela de Guadalete? ¿Por qué Clavijo no podía ser el Covadonga de Abelda? Con menos que estas reflexiones bastaba para que D. Ramiro aguardara ya con impaciencia el nuevo día.

Mas como por consecuencia del anterior era mucho el cansancio en las tropas y con el cansancio entrase el desaliento, dispuso el rey tan

pronto como pudo convenirse de que los árabes encendian las hogueras que indicaban el establecimiento de su campo, que sin encender hoguera alguna los suyos se acomodasen como mejor pudiesen, y descansáran de las fatigas, mas sin que el arma por esto se soltara de la mano ni se despojase la frente del duro yelmo. El mismo se recostó sobre unas pieles completamente armado, y aunque los sucesos del día anterior y los que podian venir al día siguiente le preocupaban tristemente, el sueño cerró sus ojos y rendido á la fatiga interrumpió de pronto la conversacion empezada con el obispo de Leon, el cual en el silencio de la noche se quedó vigilando solo el descanso de su rey. Todos los que eran aptos para empuñar las armas, tenian necesidad de estar prestos: por esto mientras la fuerza descansaba la iglesia velaba y oraba útil servicio prestado en una época en que la monarquía era el brazo de la religion, y la religion el ojo de la monarquía.

El prelado leonés no apar-

taba un momento los ojos del semblante de D. Ramiro, procurando adivinar en las contracciones de su rostro las peripecias por las cuales pasaba su corazón. Cuando la fisonomía del rey tomaba aquella espresion de noble fiereza que tambien sentaba á las varoniles facciones de D. Ramiro, el obispo sentia dilatarse su pecho y su mirada se volvía del campo sarraceno al monarca, como diciendo: = este dará cuenta de vosotros. = Mas cuando por el contrario la fisonomía de D. Ramiro espresaba el desaliento y una lágrima venia á despuntar entre sus negras pestañas, el obispo marcaba en su rostro la mayor tristeza, volvía los ojos del campo godo al cielo, como diciendo: Señor, tened compasion de ellos.

MANUEL ANGELON.

(Se continuará.)

SECRETARIA DE CAMARA
DEL OBISPADO.

En virtud de la oposicion celebrada en los dias 1.º y 2.º

del corriente, á las cuatro becas de gracia y cuatro de media pension en este Seminario Conciliar, han sido agraciados por S. S. I. los sujetos siguientes.

D. Felix Gonzalez, natural de Lodares.

D. Santiago Gutierrez, de Riosequino de Torio.

D. Gerónimo Hurtado, de Pallide.

D. Balbino Fernandez, de Huelde.

D. Matias Diez Quijano, de Renedo del Monte.

D. Felipe Cármenes, de la Devesa de Boñar.

D. Mariano Cuervo, de Valdesaz de los Oteros.

D. Francisco Gutierrez, de Lillo.

Lo que se anuncia para conocimiento y satisfaccion de los interesados. Leon 7 de Setiembre de 1857. = Miguel Zorita Arias.

COLECCION

CLÁSICOS CRISTIANO-LATINOS

conforme al plan de estudios de seminarios, con ligeras interpretaciones y notas para uso de los alumnos de Latinidad, por una Sociedad.

Con este título se está imprimiendo en la de este Boletín una importante obra bajo los auspicios de nuestro dignísimo Prelado á quien la han dedicado sus autores, la cual deberá servir de texto en las cátedras de Latinidad de este Obispado, y creemos que será también adoptada en las demás del reino. Mucho se ha escrito acerca de las funestas consecuencias de poner en manos de los jóvenes los Clásicos paganos escritos para una sociedad que tanto se diferenció de la nuestra en religion, en costumbres y en su forma de gobierno; pero nos creemos dispensados de reproducir las juiciosas consideraciones de escritores eminentes, por cuanto las más importantes se hallan recopiladas con oportunidad y acierto en el prólogo de la obra, que insertamos á continuación. Únicamente observaremos que esos mismos clásicos paganos, que deseamos que desaparezcan para siempre de las aulas, no ofrecían antes los graves inconvenientes que causan á la ge-

neracion actual. En efecto en el antiguo orden de cosas, cuando eran tan fuertes los vínculos de respeto y de obediencia que unian á los súbditos con los gobernantes, cuando los sentimientos piadosos estaban tan profundamente gravados en los jóvenes, y todo cuanto se ofrecía á su vista en el seno de las familias y fuera de ellas contribuía á inspirarles más adhesión y más amor á nuestra Divina Religion; no era fácil que se aficionasen á las máximas de los clásicos paganos, aunque les agradara la belleza y elocuencia de su estilo. Pero las conmociones que han agitado á nuestra sociedad, la confusion de ideas y los errores que en ella se han propagado, ese espíritu de duda, de critica, de rebelion que forma el principal distintivo de nuestra época; hace en sumo grado temible todo cuanto pueda relajar más los lazos sociales y entiviar el sentimiento religioso. He ahí porque felicitamos con toda la sinceridad de nuestro corazon á los modestos autores de la colección de Clásicos Cristiano-Latinos, máxime cuando podemos asegurar que los pliegos publicados son ya una excelente garantía del mérito de la obra, pues han merecido no solo la aprobacion, sino los elogios de personas muy competentes en la materia. Dejemos ya hablar á los mismos autores:

PRÓLOGO.

Dirigir bien la educación de la juventud es un trabajo impropio y difícil sí, pero de resultados positivos y seguros en el orden religioso y social. La generación cuya educación literaria se ha formado fuera de las inspiraciones del dogma, de la moral religiosa y del principio salvador de autoridad, se asemeja á la planta nacida y desarrollada bajo funestas condiciones atmosféricas; débil y enfermiza arrastrará una existencia trabajosa; herida en el principio de la vida comunicará como la planta su debilidad á la generación que la hereda.

Considerada bajo este punto de vista la generación actual, debe inspirar serios temores al hombre pensador. Sabido es que los libros, que desde luego se ponen en manos de los niños para dirigir su educación literaria, están bien distantes de ofrecer garantías que puedan tranquilizar. Saturados de paganismo y demagogia corrompen su inocente alma y envenenan en vez de alimentar. ¿De dónde sino que apenas han salido nuestros jóvenes de las cátedras, hagan alarde de una incredulidad insensata, se muestren degradados en las costumbres hasta el cinismo y manifiesten un espíritu turbulento y perturbador?

La revolución francesa vino á descubrir este terrible secreto, y á señalar con sulcos de sangre las causas determinantes de las revoluciones. Hoy se conviene generalmente en que aquellas escenas, cuya sola lectura llena de horror, no son sino la traducción literal de las máximas que los Clasicos paganos encubrían bajo la belleza de las formas.

Urge pues detener á la juventud en la pendiente por donde corre desatentada, oponerse á la falsa dirección que acaso sin quererlo se dá á la enseñanza, é imprimirla un movimiento ordenado hácia la verdad religiosa y social, que es el único puerto de salvación.

Para conseguir este resultado preciso se hace empezar por lo ménos desde la enseñanza de la lengua latina, que es sin duda donde el exceso no ha reconocido límites. Y al decir esto, no podemos ménos de deplorar que hombres de reconocido criterio literario, que por fortuna no son tan escasos en nuestra patria como comunmente se cree, no hayan emprendido algun trabajo que pudiera satisfacer esta necesidad. Aun ahora nosotros, cuyo único móvil es el bien de la sociedad, cederíamos gustosos la ingrata tarea de echar los primeros por la via de la reforma á cualquiera que quisiera desempeñarla: pero la necesidad es imperiosa, y deber es de todo hombre honrado concurrir á satisfacerla en cuanto alcancen sus fuerzas. Con mas fé sin duda que habilidad vamos á acometer esta empresa que no dudamos calificar de superior á nuestras fuerzas; pues seríamos presuntuosos hasta la temeridad si imaginásemos siquiera poderla llenar cumplidamente.

Solo la belleza de las formas se ha tenido presente hasta ahora para elegir obras que sirvieran de testo á la enseñanza de la lengua latina, sin cuidarse de que la palabra es la expresión de la idea, y no era posible ocultar esta al mostrar aquella. Tambien nosotros queremos la belleza de las formas, pero no á espensas de las

ideas; jamás consentiremos en un sacrificio tan indigno y monstruoso.

Nunca hemos creído que para aprender latin sea forzoso someterse á los Clásicos paganos. La Iglesia recogió la lengua latina entre los despojos del Imperio Romano, y sus primeros Doctores la hablaron con una pureza no inferior á los buenos escritores del siglo de Augusto, Minucio Félix, Arnobio, Lactancio, San Hilario de Poitiers, San Gerónimo, San Ambrosio, San Leon, Juvenco y Prudencio, no tienen nada que envidiar á Cornelio Nepote, Ciceron, Julio Cesar, Salustio, Tito Livio, Ovidio, Virgilio y Horacio. Parecerá extraña nuestra aseveracion en vista de la preferencia que hasta ahora se ha dado á estos últimos, pero creemos poder contestar suficientemente recordando lo que un célebre escritor (Risco) decía á propósito del abandono en que se hallaba la lectura de Prudencio: «La desgracia es, dice, que sin embargo de que las obras de este poeta (Prudencio) son tan dignas de ser leídas, son muy pocos los que se aplican á su lectura; manejando notwithstanding con grande diligencia las obras de los Poetas profanos. Podemos sospechar, continúa, que la causa de esta incuria no es otra, que la que debia ser el atractivo mas fuerte y poderoso: esto es la piedad y utilidad de las materias sagradas que en ellas se tratan. Y concluye: Por tanto dice graciosamente Gaspar Barthio, que Prudencio no seria tenido por menor que alguno de los Poetas antiguos, si hubiera querido anteponer la vanidad al negocio de la verdad.»

Las consideraciones enunciadas y no otras nos han sugerido la idea de

formar una colección de piezas latinas, con destino á la version, sacadas de los escritores cristianos de la mejor latinidad, que á la pureza y elegancia reúnan la piedad y moralidad. De este modo, al paso que se forma la educacion literaria de los jóvenes, irá cayendo en sus tiernos corazones la semilla de la virtud, que á su tiempo dará ópimos frutos.

Sabido es que en el Siglo IV los escritores eclesiásticos supieron juntar á la estension de la doctrina sagrada y profana las gracias de un estilo muy culto y limado; de suerte que con razon puede llamarse la época de Constantino y de Teodosio el siglo de oro de la literatura eclesiástica. Esta circunstancia por sí sola bastaria para recomendar los autores que han de formar esta colección: pero destinada por su índole principalmente á la enseñanza de los jóvenes que han de entrar en el Santuario, será conveniente recordar que el plan de estudios para los Seminarios cuenta las obras de San Gerónimo, San Ambrosio, Tertuliano, Lactancio y Prudencio en el número de las que pueden servir de testo. Y aunque nosotros no podemos añadir peso alguno á la autoridad de tan meditado trabajo, nos es imposible resistir á trazar, siquiera sea toscamente, los rasgos característicos ó sea la fisonomía de las producciones de tan insignes escritores.

San Gerónimo se manifiesta en sus escritos lleno de sabiduria, de elocuencia, de solidez, de dignidad y de gracias: allí no se ven los antitesis, chistes, retruécanos y alegorias, que tan frecuentes son en otros escritores; y en cuanto á pureza de lenguaje y elegancia puede compararse con los

mejores escritores del siglo de Augusto. En sus cartas se nota además de un gusto fino y delicado, elocuencia natural, erudición profunda, sólida piedad, máximas santas para todos los estados y una moral purísima: en una palabra, en ellas se encuentra unido lo útil con lo agradable.

En las producciones de San Ambrosio no pueden ménos de verse profundidad de talento, fuerza de raciocinio, erudición inagotable y en medio de todas las maneras cultas de un hombre que se había educado en la corte. En su estilo la majestad, fuerza y energía se encuentran enlazadas con el ornato, la delicadeza y la dulzura, y aunque conciso en las palabras abunda en los conceptos, y tal vez no hay quien le esceda en espresar en tan cortos períodos tan grandes verdades. En su locución la sutileza sin ser buscada se hermana con la gravedad, y el ornato del lenguaje con la fuerza de la persuasión: de suerte que las dotes más eminentes que hacen apreciable un escrito, la instrucción y el agrado, se hallan unidas de un modo admirable en todas las obras del Santo Doctor.

Los escritos de Tertuliano ostentan un vasto ingenio, un espíritu penetrante, una fuerza de raciocinio admirable y un estilo enérgico y vigoroso. Vicente Lirenense dice que en Tertuliano halla la gramática preceptos, la retórica nervio y energía, y Sidonio Apolinario traza con mano maestra el cuadro de los primores de Tertuliano. «En el estilo de este autor, dice, se halla oportunidad en los ejemplos, fidelidad en los testimonios, propiedad en los epítetos, urbanidad en las figuras, fuerza en los argumentos, peso en los sentidos,

«fuego en las palabras, rayos en las cláusulas.» Solamente afean los escritos de este insigne apologista algunos barbarismos que se notan más por estar proyectados sobre tan bellos primores.

A Lactancio debe considerarse como dechado de la elocuencia más pura y sólida. Vehemencia, amenidad, suavidad y dulzura, una felicísima fecundidad de ingenio y un estilo culto y elegante al par que robusto y vigoroso forman el carácter peculiar de sus escritos. En medio del gusto depravado que en su tiempo reinaba, sus obras hubieran podido devolver a la elocuencia latina aquella antigua nobleza, solidez y naturalidad con que floreció en el siglo de oro, desterrando la afectación y otros vanos adornos que la hacían afeminada e hinchada. Con razón se le llama el Cicerón cristiano.

El que leyere las obras Prudencio tendrá lugar de observar su majestuosa elocuencia, su rara y profunda erudición en las ciencias divinas y humanas, y un estilo tan dulce, fácil, y puro que no solo es superior á todos los poetas cristianos, sino que levantándose sobre el génio de su siglo, llegó á igualar á los mejores del tiempo de Augusto. En ellas se halla además una piedad sólida, una caridad encendida, máximas morales muy santas y un amor ardiente á todo lo celestial y divino; de suerte que son de una eficacia maravillosa para mover los corazones é inclinar los espíritus á la verdadera piedad. Algunos nimiamente escrupulosos han pretendido descubrir ciertos defectos, aunque ligeros, en las poesías de nuestro Prudencio, mas Erasmo cuya crítica traspasó más de una vez los límites de lo

justo, le sublima á la cumbre de la poesía, y aun le llama nuestro Píndaro.

He aquí por una parte los autores cuyas obras formarán esta colección, y por otra los títulos que les hacen preferibles á todos los paganos para la enseñanza. No ha sido dictado este juicio crítico por un vano lujo de erudición, que estamos lejos de tener, sino por el deseo de hacer desaparecer las preocupaciones, aun las mas inocentes, que algunos pudieran abrigar. Por esta razón á los que teman que la reforma que proponemos pueda ser una novedad peligrosa para la lengua latina, les rogamos que lean atentamente esta colección y despues juzguen. Y no se crea que aunque llenen las condiciones de pura latinidad, todavía ha de dejar algun vacío en la enseñanza, porque estos escritores á una tierna piedad juntan una sólida erudición en todo género. Colocados entre un mundo gastado ya é incapaz de hacer el bienestar del hombre, y otro regenerado y que entrañaba gérmenes fecundos de vida, no han podido ocuparse de la nueva sociedad sin recordar la antigua; consideraban el cuadro exacto de los vicios de esta como la recomendación mas autorizada de aquella. Por eso en sus obras no solo tratan de las cosas pertenecientes á la religion cristiana, sino tambien de las costumbres de los Romanos en su patria y en la milicia, en Roma y en las provincias, en los sacrificios y en los juegos, en los premios y en los castigos: de las sectas de los Filósofos y las opiniones que sustentan. Así pues al servirse de ella nuestros jóvenes (si merece aceptarse) aprenderán desde los mas tiernos años la sublimidad y grandeza del dogma cristiano, la santidad y pureza de la

moral evangélica y la sumisión y respeto al principio de autoridad, áncora de salvación para las sociedades; sin carecer por eso de ninguno de los conocimientos útiles que forman, por decirlo así, el cortejo de estas verdades capitales. Facil nos seria estendernos en consideraciones que pudieran persuadirlo, si la índole de un prólogo lo permitiera; pero siendo ageno de nuestro propósito nos limitamos á decir que nuestro designio es solo dar vida á una idea que está en el fondo del plan de estudios para los Seminarios, y que sin una colección de este género nunca podria realizarse.

En efecto, el plan de estudios señala para la traducción las epístolas de San Gerónimo (estas con destino á los cursantes de 2.º año), los libros de *Officiis* de San Ambrosio, el libro de *Præscriptione* de Tertuliano, y las poesias de Lactancio y de Prudencio. En vista de esto, y utilizando tambien la prosa de Lactancio, tan pura y amena, facil era formar una colección que llenase las necesidades de la enseñanza por lo respectivo á los años 2.º 3.º y 4.º de latinidad. Mas quedaba todavía el primer año ó sea los primeros ensayos de versión, y era preciso llenar este vacío si la colección habia de ser completa. Con la mira pues de dar á la obra la conveniente unidad, hemos elegido para este objeto una suma de máximas morales sacadas de la Sagrada Escritura y de las obras de los Santos Padres, que á lo útil del asunto juntan una construcción facil; el Epítome de la Historia Sagrada de Lohomond, que tan justa celebridad ha merecido en todos tiempos; y por último muchos de los enigmas de Lactancio, que por el mo-

do con que se proponen y los asuntos de que tratan creemos despertarán en los niños la natural curiosidad que tanta influencia puede ejercer en su adelantamiento.

No hemos sido pródigos en las ilustraciones; pero quizá en esto mismo prestemos un servicio á la enseñanza. El que ha ejercido el ministerio del Profesorado sabe muy bien que la exuberancia en las ilustraciones es á veces no ménos funesta que la falta absoluta de ellas, porque si esta puede engendrar el fastidio, aquella conduce directamente á la inacción. Tan distantes de la supe- rfluidad como de la escasez, la ligera interpretación y las notas que acompañan al texto, creemos serán suficientes para su completa inteligencia.

Tal es la obra que ofrecemos al público. Si ella pudiese contribuir de alguna manera á curar la llaga que trabaja la sociedad, nuestra noble ambición quedaría satisfecha; sino fuese de utilidad, creemos que el público sabrá al ménos apreciar nuestras rectas intenciones.

IMPORTANTE.

La correspondencia Autografa del 7 del corriente publica el siguiente despacho telegráfico.

ROMA 6. Su Santidad entró ayer en Roma. Hay motivos grandes para esperar que en el primer Consistorio serán preconizados Cardenales algunos Prelados Españo-

les. Se han terminado ya los preparativos en el Palacio de España para recibir dignamente al Papa en la bendición del monumento de la sagrada Inmaculada Concepción.

OTRO.

Segun carta que hemos recibido de nuestro amigo Fr. Pedro Parra, Vice-presidente y Capellan de la mision que se dió á la vela en el puerto de Cádiz el 29 de Enero ha arribado con felicidad juntamente con los demás misioneros en núm. de 40 á la Bahia de Manila el 27 de Junio, despues de 149 dias de navegacion, y de 4,880 leguas de travesía. No pudiendo estendernos á dar mas pormenores nos apresuramos á publicar esta noticia grata para todos y especialmente para las familias y amigos de los 32 castellanos que forman las cuatro quintas partes de aquella mision.